

SALUD DE LOS ENFERMOS

Chandavila, 27 de mayo de 2026, 81 aniversario de las apariciones

Excelencia Reverendísima Sr. Obispo de Portalegre, queridos hermanos y hermanas: ¡E/ Señor os dé la paz!

Bienvenidos todos a este lugar de gracia y de consuelo, donde la Santísima Virgen quiso visitarnos bajo la advocación de Dolores, como un día visitó a su prima santa Isabel, como hemos escuchado en el Evangelio que hemos proclamado (Lc 1, 39ss). Precisamente hoy se cumplen 81 años de esa visita. Bienvenidos a este lugar donde se desarrolló una historia de penitencia, oración, eucaristía... una historia de amor. Bienvenidos todos los peregrinos, particularmente vosotros, venidos de Portugal, y vosotros, queridos enfermos, que cargáis dolores del cuerpo, heridas del alma, cansancios ocultos y sufrimientos silenciosos. Todos tenemos un lugar en el corazón del Padre Dios y de la Madre Ntra. Sra. de los Dolores, pero ese lugar en el corazón del Padre y de la Virgen es especial para vosotros, queridos enfermos. Bienvenidos a todos los que cuidáis de los enfermos.

La Virgen de los Dolores conoce el sufrimiento humano. El anciano Simeón se lo había profetizado: cuando María y José presentaron al niño Jesús en el Templo de Jerusalén. Entonces "Simeón le dijo: Una espada de dolor atravesará tu alma" (Lc 2, 33). La profecía de Simeón asocia a María al destino doloroso de su Hijo, "señal de contradicción". Así, el santo anciano, a la vez que pone de relieve la creciente hostilidad que va a encontrar el Mesías, subraya las repercusiones que esa hostilidad tendrá en el corazón de la Madre. María, al igual que José, acoge en silencio esas palabras misteriosas que hacen presagiar una prueba muy dolorosa y expresan el significado más auténtico de la presentación de Jesús en el templo. Pero su dolor llegará al culmen en la pasión, cuando se unirá a su Hijo en el sacrificio redentor, convirtiéndose en "la fiel cooperadora de su Hijo para la salvación del género humano" (Papa Francisco). El sufrimiento y dolor de la Virgen llegó a su cima en el calvario, viendo morir a su hijo como un malhechor (Jn 19, 25). Y María tampoco aquí se rebeló contra Dios. Permaneció firme al pie de la cruz, creyendo, esperando y amando. Por eso cuando venimos a este santuario en el que sentimos vivamente la presencia de la Madre, Ntra. Sra. de los Dolores, con nuestras cruces, no encontramos a una madre lejana, sino a una Madre que comprende, que acompaña y que sostiene a sus hijos en toda tribulación.

Cuántas veces el enfermo o el anciano se sienten solos, incomprendidos e incluso inútiles y un estorbo. La Iglesia, queridos enfermos y todos los que estáis atravesando alguna tribulación quiere estaros cerca. Como pastor de esta Iglesia que sufre y se alegra en Mérida-Badajoz, os acojo, os abrazo y os bendigo, al mismo tiempo que os presento a la Santísima Virgen en esta advocación de los Dolores, a la cual también yo profeso una filial devoción que me transmitió mi madre. Ella, la Virgen de los Dolores, estuvo siempre presente en los momentos más difíciles de mi vida, también cuando hace dos semanas tuve que ingresar inesperadamente en el hospital. ¡Cuántas veces en esos días, mi corazón se elevaba hacia la Madre Dolorosa, y trayendo a mi mente esta imagen que aquí se venera, le dirigía confiadamente esta oración que me enseñó mi madre cuando era pequeño: "Madre, no te merezco, pero te necesito. Madre, aunque mi amor te olvidare, tú no te olvides de mí". Invocadla también vosotros, y ella "salud de los enfermos", os dará la mano y os dirá: Ánimo, hijo, no estás solo. Ten ánimo, y os presentará a su Hijo.

En esta celebración muchos de vosotros recibiréis el sacramento de la Unción de los enfermos. No es el sacramento del "final", como a veces equivocadamente se piensa. Es el

sacramento de la presencia consoladora y sanadora de Cristo para quien viva una enfermedad seria, para quien experimenta la fragilidad de la edad o para quien necesita una gracia especial de fortaleza.

En la Unción, el Señor toca nuestra debilidad. Nos regala paz interior, fortaleza espiritual y, muchas veces, una nueva capacidad para llevar la cruz con serenidad. A algunos les concederá alivio físico; a todos les ofrece cercanía, perdón y esperanza.

Qué hermoso es pensar que, en este santuario mariano de Chandavila las manos de Cristo y las manos de María parecen unirse para bendecir a cada enfermo. María no quita la cruz mágicamente, pero ayuda a llevarla. Ella hace lo que hizo en Caná: se acerca a su Hijo y le dice: mira este hijo, esta hija tuya está enfermo, sufre. Ayúdalo. Y el Hijo no le negará esta gracia a su Madre.

Quisiera dirigirme a las familias, a los sanitarios, a quienes cuidan de los enfermos. Vuestra misión es sagrada. En cada gesto de paciencia, en cada sonrisa, en cada noche sin dormir, en cada mano tendida, está actuando el amor de Dios. Nunca penséis que vuestro servicio pasa desapercibido, pues lo que hagamos a uno de estos, a Jesús se lo hacemos (cf. Mt 25, 40ss).

Queridos hermanos enfermos: la Iglesia os necesita. Vuestro sufrimiento vivido con fe tiene un valor inmenso. Unidos a Cristo crucificado, podéis convertirnos en la fuente de gracia para el mundo, para las familias, para la Iglesia y para las vocaciones. Muchas veces desde una cama de dolor se sostiene espiritualmente más a la Iglesia que desde muchos lugares de actividad.

Pongamos ante la Virgen de los Dolores de Chandavila nuestras lágrimas, nuestros miedos y nuestras esperanzas. Que ella nos enseñe a mirar y llevar la cruz con fe y a descubrir que, incluso en medio del sufrimiento, Dios nunca deja de amar. Y que al recibir la santa unción sintamos toda la caricia de Cristo, médico de los cuerpos y de las almas.

Santa Madre de los Dolores de Chandavila, ruega por nosotros.

Fiat, fiat, amen, amen.